

ACTO TERCERO

La misma decoración del segundo.

ESCENA PRIMERA

El PADRE VÍCTOR y el DOCTOR HERNÁNDEZ.

DOCTOR

Yo siempre lo creí, y aunque bien hubiera querido equivocarme, por desgracia mi pronóstico fué certero. Era aparente la calma, producida por un medio apropiado en que nada exaltaba su cerebro; es lo que no quieren comprender las familias en su deseo de ver lograda una curación que raras veces puede ser completa. Ya lo ven ustedes; si la ciencia es falible, los milagros no lo son menos.

P. VÍCTOR

¿De modo, que usted no duda?

DOCTOR

No hay duda posible.

P. VÍCTOR

¡Dichoso usted! Bendita ciencia si de tal modo lleva

al convencimiento. Yo veo la grandeza de un alma, el soberano esfuerzo por desprenderse de toda miseria terrenal, y dudo á pesar mío... y por culpa de usted. Para su ciencia, toda exaltación es desequilibrio, todo desequilibrio, locura, el talento superior como la corteidad de entendimiento, el crimen como la virtud extremada ó el sacrificio por una idea ó por un sentimiento. ¿Dónde fijan ustedes el nivel de la razón humana para que todavía podamos confiar en ella?

DOCTOR

¿La razón humana? Tanto vale preguntar por la razón de la vida toda. Llamamos mal á lo que se opone á nuestro bien; llamamos locura á lo que se opone á nuestra razón, pero todo es uno, todo es... la vida, madre fecunda de alegrías y dolores inexplicables.

P. VÍCTOR

Y la vida, esta sola vida, ¿valdría la pena de vivir? ¿No cree usted en algo más allá, doctor? ¿Porqué es usted tan bueno entonces? La ciencia debe satisfacerse solamente con la verdad.

DOCTOR

¿Y qué es la verdad sino es el bien? Como sentenciados á una misma pena, en una misma cárcel nos hallamos todos en la vida. ¿Porqué ni para qué? ¿Quién lo sabe? Pero solo el mutuo amor, la mutua piedad pueden ayudarnos á soportar la pena. Esta es la única verdad; quien asegure poseer otra es un imbécil ó es un malvado.

P. VÍCTOR

Doctor, ¿entre cuáles me coloca usted?

DOCTOR

Entre los buenos, entre los míos. Estamos solos. Usted como yo sabe muy bien que mi ciencia y su fe son un prestigio para llegar á las almas oscuras que ni entienden ni aman. Si por nosotros llega la luz, el amor, la alegría, hasta ellas; si realizamos el bien, ¿qué importa ese nombre? Esta es mi mano... Estamos solos..

P. VÍCTOR

Así lo viera todo el mundo.

ESCENA II

Dichos y ANDRÉS.

ANDRÉS

Padre Víctor, doctor; de los dos necesito. Díganme ustedes que no es mía la culpa, que Isabel nada sabe, que su curación fué engañosa como usted creyó siempre. Los padres de Isabel me acusan, me acuso yo mismo y creo que yo también voy á volverme loco. ¡Y no poder afrontar la verdad, no poder saber de ella misma!... Solo usted lo sabe... No, padre; no me imponga usted silencio, ya sé que nada puede usted decirme.

P. VÍCTOR

Puedo decirte que yo no creo que su razón esté de nuevo extraviada.

ANDRÉS

¿No lo cree usted? Entonces...

DOCTOR

Su fe le hace admirar, como sublimes ideas, no sé qué razonados disparates. Nadie coordina mejor su desconcerto que los cerebros perturbados; si la idea fija fundamental no es algún absurdo disparate, ¿qué fácilmente pueden fundamentar sobre ella el edificio de la más terrible locura, la que puede contagiar á los sanos, la locura razonadora!

P. VÍCTOR

El secreto de confesión me obliga á no revelar en qué fundo mi convicción, pero no á manifestarla. Digo y repito, que yo no puedo creer en conciencia que su razón esté perturbada.

ANDRÉS

Entonces, ¡Dios mío! ¿porqué huye de mí? ¿Porqué vuelve su odio?

DOCTOR

Los mismos síntomas del primer ataque, el horror á las personas más queridas, el deseo de alejarse de ellas, ese delicado instinto de todo ser que sufre, que hace á los animales ocultarse para morir.

P. VÍCTOR

¿Instinto también en este caso? ¿Nada más, doctor?

DOCTOR

Comprendo que la locura sea para ustedes problema más pavoroso que la muerte. Al fin, al morir, materia y espíritu se separan. ¿Y quién puede seguir al espíritu en su vuelo? Pero la locura los funde fatalmente; una lesión

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO ALÍES"
CALLE 1025 MONTERREY, MEX.

y el espíritu inmortal, de esencia divina, vale menos en el hombre que el instinto sano en el animal. Comprendo que para explicar el problema apelaran ustedes á la posesión demoniaca: que hayan ustedes mirado con un terror supersticioso á los pobres alienados.

P. VÍCTOR

No, querido doctor; si los consideramos poseídos de un espíritu maligno, fué por no considerarlos, siquiera, como pecadores, por tener con ellos, antes que ustedes, la piedad de considerarlos irresponsables.

DOCTOR

Para el mal, pero genios ó santos para el bien.

P. VÍCTOR

Al mal lleva la pesadumbre del pecado si con firme voluntad no sabemos vencerle. El alma puede triunfar siempre del dolor y del pecado. Todo hombre lleva en sí el Adán de su caída y el Cristo de su redención. ¡Ay de las almas que no resucitan y sucumben clavadas á la cruz del dolor!

DOCTOR

Admiro su fe y su virtud, pero mis pobres enfermos no me dejan creer en triunfos del espíritu.

P. VÍCTOR

Ahora sí, tu esposa sí, yo lo creo, yo lo afirmo... créelo, Andrés, no consientas que la separen de tí... ¡Que Dios te inspire!

ANDRÉS

No; yo sabré antes... ¡Si fuera lo que pienso! Locura

ó sacrificio sería horrible, sería por mi culpa... No, todo antes, quiero verla, quiero hablarla.

DOCTOR

Es una imprudencia. Acabarán ustedes por precipitar el ataque, y por fin no se conseguirá el milagro.

P. VÍCTOR

Permítanos usted, doctor. Ya ve usted que no soy intransigente; primero confiamos en Dios, luego en usted.

ESCENA III

Dichos y don ANTONIO

ANDRÉS

¿Cómo está Isabel? ¿Qué dice? ¿Habla de mí? ¿Está más tranquila?

ANTONIO

No hay remedio. Quedó con su madre, en sus brazos, como una niña, pidiéndole que la cuente cuentos; ha hecho que la busque los juguetes que guardaba su madre y las muñecas que todos comprábamos para la niña, ¿te acuerdas? para cuando fuera grande; no llegó á jugar con ellas; estaban guardadas. Allí está con ellas, las mece y las canta como una niña; ¡parte el corazón! hasta su cara parece de niña, la mirada, la risa... Su pobre madre, muerta de pena, allí con ella, le cuenta cuentos como cuando era niña... Parece que es verdad, que no ha pasado el tiempo, que no han pasado tantas tristezas

por esta casa, que ella es una niña y que todos somos felices.

ANDRÉS

¡Dios mío! Déjenme ustedes, necesito saber que no es por mi culpa, y si lo fuera, yo prometo que mi sacrificio será tan grande, tan grande, que bastara á satisfacerla. Sí, ¡por Dios lo prometo! Por salvar á Isabel abominaré en todo de mi pecado... ¡Si lo veo, todo lo que nace de la culpa es culpable... maldito!... ¡Mi hijo! ¡Su cariño... todo!... No la veré más, huiré de su lado para siempre; muerta para mí, como la nuestra; para todos igual dolor, para todos igual sacrificio.

ESCENA IV

Dichos y doña VICENTA

ANTONIO

¡Ah! ¡Vicenta! ¡Pobre madre!

VICENTA

Vengan ustedes, no puedo más.

DOCTOR

¿Cómo se encuentra?

VICENTA

Tranquila, muy tranquila. ¡Pobre hija mía! No es posible que vuelva el ataque, es aprensión suya; pero quiere marcharse hoy mismo, doctor, con usted, cuando

usted vuelva... Ya ve usted, no es posible dejarla marchar de este modo.

ANDRÉS

No, no saldrá de esta casa, déjenme ustedes.

DOCTOR

Calma, señores; la situación es muy crítica; no quieren ustedes precipitar la crisis temible.

ANTONIO

¡No, por Dios! dejen ustedes al doctor.

P. VÍCTOR

No; déjenme á mí. Yo solo acepto la responsabilidad de lo que suceda.

DOCTOR

Si es así... la confianza de estos señores está con usted.

ANTONIO

En usted también, doctor.

P. VÍCTOR

Traigan ustedes á Isabel.

VICENTA

Al momento. *(Sale doña Vicenta.)*

P. VÍCTOR

(A Andrés.) Espere usted cerca...

ANDRÉS

Con toda mi alma lo prometo; sacrificio por sacrificio. Nunca veré á mi hija.

P. VÍCTOR

Ofréceselo á Dios de todo corazón. (*Salen todos menos el Padre Víctor.*)

ESCENA V

EL PADRE VÍCTOR, y después ISABEL. Isabel pasa con dos muñecas en los brazos.

P. VÍCTOR

¿No me ves? ¿Adónde vas?

ISABEL

Huyendo de la vida... No á la muerte, á nacer á otra vida... Son mis muñecas, las de mi niña... Ahora ella soy yo...

P. VÍCTOR

Ven aquí, no finjas desvaríos conmigo; antes me hablaste en confesión, yo solo conozco tu secreto, pero veo con pena que mis palabras de nada sirvieron, y yo no puedo autorizar con mi absolución tu propósito.

ISABEL

Usted me ha perdonado, Dios me perdona.

P. VÍCTOR

Por temor de Dios, por ser horrible pecado, dijiste

que no habías pensado en darte muerte. ¿Y crees que Dios puede perdonarte ese suicidio moral que tú juzgas sublime sacrificio? No, ese sacrificio es inútil, es un cobarde abandono del puesto que Dios te ha destinado. ¿Qué te propones al realizarlo? ¿No ser un estorbo para una unión criminal que nada legitima, ni el amor á esa hija, fruto del pecado? No, tu deber está aquí; no puedes destruir un sacramento santo, no puedes ser ocasión de nuevo pecado; antes te prefiero ofendida, celosa, defendiendo como mujer el corazón del hombre que ofendió á Dios al ofenderte.

ISABEL

No me hable usted así; no quiero escucharle; así hablaba mi corazón... ¡Cuánto he luchado! ¡Cuánto he sufrido! Cuando supe... más que saber adiviné la verdad; en todo, en las palabras y en el silencio, en la compasión que me rodeaba, en palabras cariñosas que me decían y no estaban pensadas para mí; me hablaba como se habla á los niños... destrozando mi corazón... sin una prueba cierta, sin saber nada, hubiera podido contar la historia día por día; cuando por fin supe, cuando ví por fin, no fué ver, fué recordar.. Así los veía siempre juntos, dichosos con su hija... Carmen, Carmita, como la nuestra... Crea usted que entonces no pensé yo en morir, en enterrarme como ahora; pensé... así, como usted dice, en luchar, en vengarme, en todo lo humano, como mujer, como madre... pero, ¿lo soy acaso? ¡Si había muerto, si nadie contaba conmigo en la vida, si no debí volver nunca!... Y él condenado por mí á vivir siempre sin amor, sin alegría... ¿De qué puedo quejarme? De mi locura, que no me llevó sin sentirlo, como en un sueño, á la verdadera muerte. ¿Qué puedo

exigir? ¿Con qué razón? La vida es vida y yo había muerto.

P. VÍCTOR

Sí, la vida es vida; pero hay más vida que esa que tú llamas así; hay vida del alma que puede saciarse con el amor de Dios y por él con la caridad, amor divino, que bien puede colmar un corazón mejor que todos los amores humanos...

ISABEL

El que bastará á colmar el mío en mi soledad, donde rezaré por todos...

P. VÍCTOR

No será: si anhelas el sacrificio, muestra mejor la grandeza de tu alma; no dejes lugar á que nadie dude de su divina luz... Si has muerto como dices, si eres alma solo, resucita y triunfa toda luz, toda amor.

ESCENA ÚLTIMA

Dichos y ANDRÉS

ISABEL

¡Andrés!

ANDRÉS

¡Isabel! Tu perdón, tu perdón... *(Cae de rodillas.)*

ISABEL

¡Déjame, déjame! No quiero verte. ¡Déjame marchar!

No quería oírte... Nada me has dicho, nada sé... ¡Déjame ir, déjame ir!..

ANDRÉS

No saldrás. La culpa es mía, mío el sacrificio... Pero tú no debes sufrir por mi culpa.

ISABEL

¿Quién te ha dicho?... No lo creas, huyo porque huye mi razón, porque no quiero odiar, porque quiero morir lejos de aquí, porque esta vez es la muerte...

ANDRÉS

No; huyes porque piensas que yo puedo ser dichoso con mi remordimiento, que hay algo para mí en la vida sin tu cariño y sin tu perdón... No me disculpo... Debí vivir con mi dolor, para tu recuerdo, para el de nuestra hija... Tienes razón para odiarme, para apartarte de mi lado si quieres castigarme todavía; pero si has creído que así puedo ser feliz, ni con el amor de mi hija... entonces me juzgas infame, criminal... y yo soy el que debe huir para siempre de tu lado...

ISABEL

Ni esposa ni madre... ¿Qué es para mí la vida?... Para ti sí, la querrás tanto como á la nuestra... Vive por ella... Vive para ella...

ANDRÉS

Nunca sin tu perdón... No la veré nunca, y la quiero con toda mi alma... Dios lo sabe, lo sabes tú también... Si no la quisiera tanto no valdría mi sacrificio... No la veré nunca... como á la nuestra... igual... es más triste,

la nuestra está en el cielo... y ésta vive... y nunca sabré qué es de su vida... será buena, mala, alegre, triste... lo que Dios quiera... Dependerá la suerte de su vida... de cualquiera... de todos... de mí nada, no sabrá nada... Lloraremos juntos por las dos; rezaremos juntos por la que vive... ¡Dime si no es bastante mi sacrificio!...

P. VÍCTOR

¡Hija mía! Así lo ha prometido.

ISABEL

¡No, Andrés!... ¡Dios mío! ¡Su hija no... su hija no!... ¡Andrés!... ¡Por mi hija!... (*Coge las muñecas.*) ¡Para ella!...

ANDRÉS

¡Isabel!

ISABEL

Será el alma de nuestra hija que ha vuelto, como yo, para perdonar y para bendecir... Será mía también... ¡Quiero verla!

ANDRÉS

¡Isabel! ¡Isabel!

P. VÍCTOR

Ahora es grande tu alma para gloria de Dios.

ISABEL

Será nuestra hija, nuestra hija...

ANDRÉS

Sí, sí; déjame adorarte como á una santa; la verás; pero piensa en lo grande de tu sacrificio, piensa que

hay una madre como tú, que si la separan de su hija se volverá loca de dolor...

ISABEL

¡Otra mujer! Es verdad... Lo sé, lo acepto... De su madre siempre... Dios se llevó á mi hija, y mi dolor aun contra Dios se rebelaba... ¿Qué hubiera hecho si hubieran sido los hombres los que me hubieran separado de ella?... De su madre siempre... Para ella también mi perdón... Somos hermanas en el dolor, cruz de la vida.

P. VÍCTOR

Cruz de la vida, sí; que es suplicio si al dolor sucumbe el alma, redención, si clavados á nuestra cruz por el dolor resucita triunfante el alma. (*Telón.*)

FINAL DEL DRAMA